

RELATOS


RENDIBÚ
CONCURSO DE ARTES

EL ÚLTIMO HEDONISTA

 POR
**JOAQUÍN
PRIOR
GALIPIENSO**

Lo cierto es que tú no fumas, pero eso no importa. El fin justifica los medios y algo debes decir, así que sales a comprar tabaco.

Recuerda, solo son tres pasos: (1) te subes en el avión, (2) te quedas dormido y (3), despiertas en La Habana. Ya puedes echar a rodar, pero antes una ducha de colores en tu hotel. Te vas directo al Malecón, allí siempre tienes la puerta abierta. Entrás en la primera casa de fachada rosa y un mulato te ofrece un ron. Os sentáis y te habla de lo bonito que era su patio y de cómo está

ahora. «Porque somos hermanos, con Cuba vamos», brindáis. Hace un sol imponente, así que te despides en plan bien y te largas a la Plaza de la Revolución. Compras una muñeca de trapo cubana en un mercadillo, te cruzas con ella en persona y con un grupo de turistas japoneses. Les enseñas a disfrutar sin cámara de fotos. Las odias. Hacen que te pierdas cosas valiosas. Guitarras, buena onda y algo más de ron. Hasta la madrugada siempre. Y para acabar, Playa Pilar. Dicen que hundir los pies descalzos en la arena es muy placentero. Tú hundes las piernas y el tronco hasta la altura del cuello.

Nunca usas despertador. Te despiertas con los rayos de luz de la mañana que entran por tu ventana. Estás en el Blanche Fontaine de París y el desayuno es espectacular. Café au lait, croissants, brioches, camembert, yogourt et tout ce que vous pouvez manger. Aprovechas el peso ganado para rodar cuesta abajo y te topas con una artista callejera que te regala el perfil de tu cara recortado en papel. Te enamoras. No soportas tanta belleza en tan poco espacio y dudas entre arrancarte la cabeza para no verla o invitarla a una botella de vino. Optas por lo segundo y acepta risueña. El Cavernet Sau-

vignon se creó para ser compartido a orillas del canal Saint Martin y las vistas desde el Sagrado Corazón alargan tu vida y la de los que te rodean. Os esposáis a una farola en Montmartre y allí sí, os besáis hasta que un gendarme os sugiere cambiar la farola por un baño con velas en tu hotel. Dicho y hecho. Siempre pensaste que lo mejor del amor es no hacerlo. Te quedas con los preliminares y con la botella de vino. PLACER es lo que tú digas. Ya resolverás otro día la tensión no resuelta.

¿Escuchar la lluvia desde la cama un domingo por la mañana? No señor. Prefieres la calle, sentir la lluvia en tu cara y el melon daquiri con té verde. Estás en Hanoi, Vietnam, y hace un día perfecto para visitar los paisajes de nubes y nieblas de Sa Pa. Te encomiendas a Buda, te desnudas y te dejas despenar por las azules crestas de la cordillera en un arrebato de libertad. Las puestas de sol son algo maravilloso: queda menos para la cena y los hoteles comienzan su servicio nocturno. La cocina viet-

namita es la más fina de Asia. Sana y fresca. También tienen brochetas de murciélago, pero te decantas por algo más sofisticado. Pho, sopa de fideos de arroz con carne de arroz servida en papel de arroz. Dos segundos es el tiempo que debes mantener el pan en el caldito para obtener el moje perfecto. Shambhala es la palabra. Vuelto a nacer, decides cambiar de clima y ya de paso, de continente. Un taxi está en camino, te recogerá y te llevará al aeropuerto. Solo un par de detalles: (1) el hotel está en lo

alto de un cerro inaccesible para vehículos de más de un eje y (2), el peso que estás dispuesto a llevar en tu maleta es directamente proporcional a lo cerca que el taxista está dispuesto a recogerte de tu hotel. Son tus normas, no lo olvides. Te vas sin nada. Ni falta que hace.

Un vuelo directo te deja en Berlín. A la sesión matutina de shiatu necesitas llegar mentalizado. Dos horas de jacuzzi previo serán suficientes. Paseas por el barrio Nikolai, suenan unas campanas y notas el paso del tiempo. Todo está bien. Allá donde fueres haz lo que vieres, de modo que compras un sombrero y cruzas unos cuantos pasos de cebra hasta llegar a la isla de los Museos. El arte es un juguete creado para complacer al alma. Te quedas jugando hasta que te entra hambre, la sacias con unos cuantos currywursts y te emocionas. En una pared pintarrajeada ves un cartel. Lo acaban de pegar unos modernos. Te citan en una fiesta alternativa a partir de las diez en un garito de Oranienburgerstrasse, así que habrá que darlo todo. Para presumir hay que sufrir. Y si tienes que sufrir, prefieres ir cómodo... en batín a ser posible. En la fiesta conoces a una joven australiana, gintonificáis la mente juntos y la sacáis a bailar. Repites el acto con una francesa, dos lituanas y un portugués. Sueña a tóxico, pero tú te enamoras de las personas. Los quieres a todos por igual mientras no te demuestren lo contrario. Son las cuatro de la madrugada y solo quedáis tú y dos filósofos de barra. «En esta vida, si no eres un cabrón, no te comes una mierda», dicen. También hay un grupo de afiliados a la cola del baño, la encargada, el DJ y un perro. Hay frases que parecen esperar el momento adecuado para salir a la luz: ¿Quién quiere enamorarse? Suficiente. Fin de la farsa.

Así están las cosas: antes de empezar a leer esto te creías muerto y ahora resulta que estás vivo porque eres capaz de concebir otro escenario, otro color y otro cristal. ¿Cuáles? Ni zorra. Lo único cierto es que en algún momento del día te despertarás y en algún otro momento te acostarás. Y lo que suceda en medio es tuyo. Todo tuyo.

En vista de la situación tienes dos opciones: salvarte o convertirlo triste en deplorable. La primera opción está bastante bien teniendo en cuenta que eres un hedonista en potencia, probablemente el último. La segunda opción es la fácil. Eso sí, de ser la tuya procura regresar a tu sitio con un buen paquete de tabaco.

